

ARMANDO ZEGRI:

UN VIAJE MAS



EL DESAPARECIMIENTO de Armando Zegri nos pone un nudo en la garganta. Temíamos por su vida desde que le visitamos en una clínica santiaguina, tumbado por una enfermedad contraída durante la visita que realizaba a su patria tras larga ausencia. Los médicos que lo atendieron autorizaron su traslado a Nueva York, donde, según se dijo, podría recuperarse en el ambiente familiar. No fue así. A través de la cariñosa correspondencia que mantuvo, hasta pocos días de su deceso, con quien escribe esta crónica, dejaba traslucir un estado de ánimo que no era el suyo, el que le conocimos siempre: optimista, emprendedor, vital. "Estoy escribiendo algunas crónicas que le enviaré en cuanto me sea posible pasarlas a máquina. Mi recuperación, si la hay, es lenta, lentísima. Debo guardar cama, lo que, por lo demás, me evita salir a la calle, donde el frío es intensísimo".

Fue un entusiasta colaborador de este Suplemento. Se sentía incorporado a nuestro diario, en el que se inició como reportero y desde cuya sala de crónica emprendió el largo viaje por el mundo, que duró 50 años.

Con motivo del aniversario del Gobierno de la Unidad Popular, concurrió a una comida en la que estuvo alegre y locuaz, pese a que sus amigos observaron en él una palidez que denotaba los efectos del mal que lo llevaría a la muerte.

Estuve con él en Nueva York. Regresaba yo de un largo viaje por Europa. Nos conocimos por intermedio de nuestro común amigo Humberto Díaz Casanueva y desde el primer momento trabamos estrecha amistad. Durante los días de mi permanencia allí nos vimos a menudo y conversamos largo y tendido sobre el periodismo en general, la nueva política chilena y los problemas raciales, sociales y económicos de Estados Unidos. Cuando se juntan dos periodistas a conversar, mano a mano, dan la impresión de que conocen, al revés y al derecho, todos los males habidos y por haber y todas las curas posibles.

Le invité a escribir en estas páginas. Sonrió: "Hombre prácticamente desde la fundación del diario hasta el presente -con intervalos largos y cortos- siempre me he sentido atado a Chile por el cordón umbilical de este rotativo. Por lo tanto, cuente usted con mi modesta colaboración. Iré a Chile en julio. Mi mujer quiere visitar el país de largo a largo."¹

CONOCER MAS LA PATRIA

Su propósito era venir a Chile a hacer entrevistas, a conversar con el más diverso y mayor número de gente posible, a tomarle el pulso al país en la forma que, para él, brillante y fogueado periodista, era la más directa, la más honrada, y, probablemente, la más satisfactoria. Quería cambiar ideas, escuchando las razones en favor y en contra o al margen del Gobierno, conversar con el pueblo, con artistas, intelectuales, estudiantes, periodistas. Si durante su estada podía disponer de tiempo, viajaría al sur, probablemente a Concepción, en cuyo liceo estudió hasta graduarse de bachiller.

No venía a Chile desde 1966 y, si se realizaba este nuevo viaje, lo haría en julio, mes de verano y de vacaciones en Nueva York. Pero esta vez vendría acompañado de su esposa norteamericana, Mildred, que habla castellano, y que, naturalmente, compartiría con él en detalle el interés primordial de la visita.

Lo recibimos el 23 de julio. Estaba jubiloso. "Para mí -nos decía- que he vivido casi la totalidad de mi existencia joven, adulta y madura en el extranjero, el pisar suelo chileno es una emoción que sólo puedo comparar al mito griego de Atlas y su contacto con la tierra firme"²

Desgraciadamente, hacia el final de las tres semanas que le había dedicado en su itinerario de visita a Santiago, sufrió un violento ataque de pulmonía que lo obligó a pasar sus últimos siete días en una clínica. Esta era una experiencia que no figuraba en su programa y que le privó de hacer cosas que había dejado pendientes. Hablamos convenido en que, antes de abandonar Santiago, escribiera sus impresiones. No pudo hacerlo. "Esto me amarga mucho confidenció a Mildred. Tenía el propósito de concurrir a la Conferencia de Prensa que el Presidente Allende ofrece a los periodistas extranjeros. Era la oportunidad de expresarle opiniones y formularle preguntas de un chileno que vive con la patria metida en el alma en un país donde sólo se aprecian nuestras riquezas materiales"³



CON MARTA BRUNET, y una poetisa argentina, en Buenos Aires.

● El hombre que triunfó en el periodismo mundial y que hizo de su vida un permanente impulso hacia la búsqueda de las grandes noticias, murió en frío invierno de Nueva York. Tenía 72 años. Fue el único latinoamericano que entró con MacArthur a Tokio, y el primer corresponsal de guerra que gritó al mundo: "Japón se ha rendido".

Por ORLANDO CABRERA LEYVA

EL CORRESPONSAL DE GUERRA

Armando Zegri era considerado entre los grandes periodistas con residencia en los Estados Unidos. Sus profundos conocimientos de las virtudes e inquietudes de los países latinoamericanos le conferían singular autoridad en donde quiera que publicara sus artículos, crónicas y comentarios. Al incorporarse Estados Unidos a las fuerzas combatientes de la última gran guerra, fue contratado por la National Broadcasting Company, adjunto al Cuartel de MacArthur. Allí estuvo, desde el principio de la campaña hasta la entrada de las tropas a Tokio. La voz de Armando Zegri llegó a todo el mundo cuando anunció con exclusividad la rendición del gran imperio. Su libro "La Gran experiencia del Pacífico" es considerado uno de los testimonios más humanos, más reales, de la lucha armada más tremenda de todos los siglos.

A los 72 años de edad, seguía en este oficio del que se consideraba un modesto cazador de noticias. "No entiendo -decía- cómo en Chile hay periodistas que, en cuanto cumplen 50 años, o antes, comienzan a tramitar sus jubilaciones. ¿Puede un hombre de prensa retirarse para mirar desde la orilla el sobresaltado acontecer del mundo? ¿Es posible que un hombre que ha pasado una vida escribiendo haga jubilar sus pensamientos y entregue sus experiencias a regar el jardín o hacer recuerdos?"

En su última carta, escrita con letra temblona, expresaba: "No se por qué, en estos días de invierno gris y espeso, se me vienen a la mente los puros cielos de Chile, sus montañas, su mar en permanente rebeldía, como su pueblo. Pero, esperen ustedes a que mejore de salud y entonces llegaré de nuevo por allá para ir de un lado a otro, de un pueblo a otro, de un amigo a otro. Quiero traerme la cabal imagen de Chile para siempre."⁴

¡La imagen de Chile para siempre! Nosotros guardamos aquí la suya. Su rostro ascético. Su palabra lenta y cariñosa. Sus ojos mirando siempre hacia un lugar distante, muy distante. Sus largas manos. Esos brazos que apretaban tremendamente en las despedidas. Y su talento en permanente ebullición.



EL PERIODISTA en el frente